

En 1991 Boris Salazar publicó *La otra selva*, novela que este reseñista caracterizó como un monótono ejercicio de anáforas¹. En esta ocasión el autor ha incurrido en otras formas del énfasis, como la enumeración, el análisis moral y la acumulación de sorpresas. Entendemos que el énfasis es un recurso pueril en el arte de la seducción y que éste prefiere formas más sutiles, un cierto suspenso, una cierta economía de detalles, una mejor articulación de la anécdota. En estos tiempos posmodernos en que autores y personajes literarios habitan varias dimensiones de la realidad, no sería mala idea que Salazar tomara nota de la manera como uno de sus personajes cuenta historias.

J. EDUARDO JARAMILLO-ZULUAGA

¹ Véase "Los devoró el anáfora: *La otra selva* de Boris Salazar" en Boletín Cultural y Bibliográfico, vol. XXVIII, núm. 28, 1991, págs. 118-120.

La taberna como cátedra

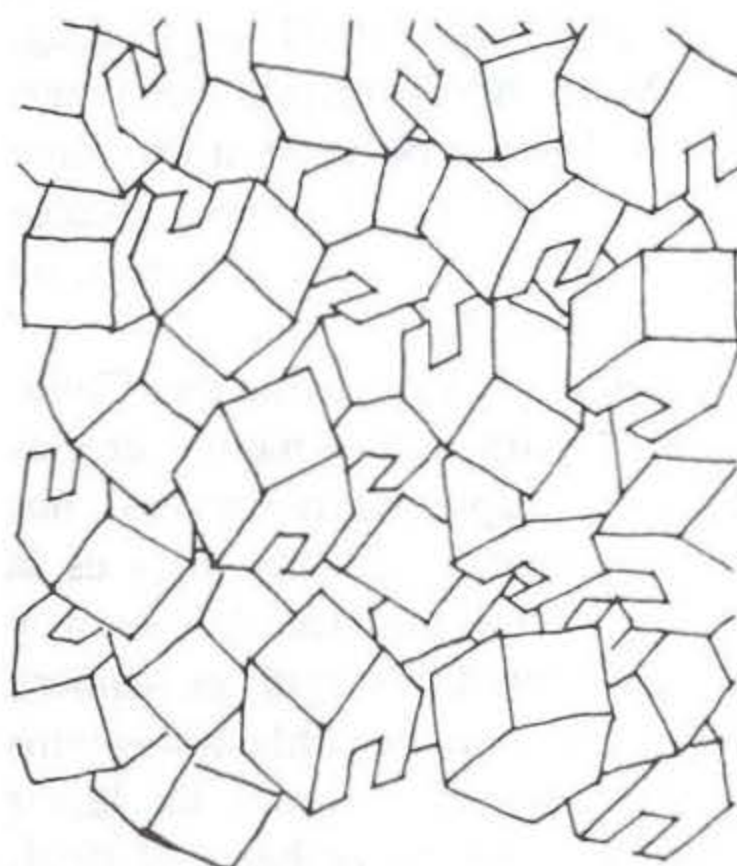
Taberna in fabula

Rafael Humberto Moreno-Durán
Monte Avila, Caracas, 1991, 147 págs.

El caso de Moreno-Durán es entre nosotros uno de los pocos ejemplos de vida literaria coherente, amplificada en las diversas facetas del escritor. En efecto, Rafael Humberto ha conseguido desde su juventud aunar la experiencia del escritor y la del lector, la del creador y la del crítico, la del novelista y la del ensayista. Pero lo más importante es que proyecta una experiencia en la otra, y así la obra del tunjano resulta un buen dechado de metáfora obsesiva: sus obsesiones novelísticas no dejan de ser las mismas obsesiones ensayísticas que ha esbozado desde *De la barbarie a la imaginación*, pasando por una multitud de artículos publicados en diversos medios, hasta *Taberna in fabula*, su segundo libro de ensayos.

Y la obsesión es clara. Los ensayos que reúne *Taberna in fabula* rodean y asaltan lo más representativo de la novelística alemana de los tres primeros decenios del siglo XX, o al menos lo más representativo de la literatura expresionista. Una literatura de tintes decadentistas, una literatura que entrevió "el fin del mundo" y mostró "el mundo al revés". Pero lo moreniano en este asunto es esa pasión por la vida en sociedad, metida toda en un recinto cerrado donde se la pueda abarcar en su más abigarrada expresión, su más contradictoria expresión, su más apocalíptica expresión: la inminencia de la disolución, del desmembramiento, de la desaparición.

La taberna es ese lugar límite amenazado siempre por lo que era antes de entrarse allí, y por lo que será a la salida. Pero la amenaza no prevalece contra el nuevo orden que en ella se crea. Allí el campesino comparte con el académico y el académico con el charlatán. El campesino es el académico y el académico el charlatán. Las fronteras se borran temporalmente, ante la imposición de un destino común: la embriaguez, por ejemplo. Tal es el caso de Fausto en Auerbach.



Moreno-Durán, el narrador, ha sido también creador de universos concentracionarios que, como la taberna, congregan a lo más variopinto de la

sociedad; una sociedad que, si bien se pretende "de clase", ya no puede ocultar, en su intimidad, las taras que la unen a la "otra" sociedad, popular, ineducada y feroz. El salón de tertulia, la casa familiar, la alcoba, el barco, la ciudad, han servido a Moreno-Durán para mostrar su vocación épica, su inevitable visión del mundo colectivista, a pesar del previsible encierro de sus personajes.

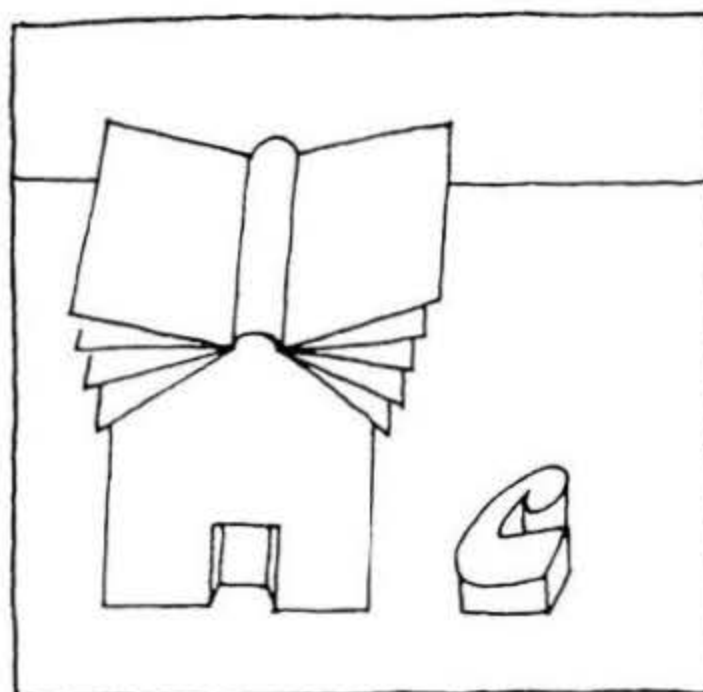
Encerrada, una sociedad se ve más patéticamente. Por una parte, se la descubre como sociedad —existe— y por otra se hacen más visibles sus tensiones y sus incompatibilidades interiores: su falta de sentido —no existe—. La paradoja cobra fuerza en la conciencia del que mira: el intelectual, el letrado, quien sin embargo no tiene más remedio que estar adentro del propio universo concentracionario que define. Y ese universo, en las obras estudiadas por Moreno en *Taberna in fabula*, son, aparte de la taberna, el sanatorio, el patio de vecindad, la ciudad, el burdel, el barco a la deriva, el hotel de frontera, la biblioteca. Todos, ¿acaso son algo más que la premonición de ese otro universo concentracionario —más que judío— de los campos de concentración nazis? Metido dentro del recinto, el intelectual o el artista —Doctor Fausto o Von Aschenbach— gana en intensidad de vida aunque pierda en "cultura".

La inteligencia se alía con el drama, el espíritu con la ignorancia y la soledad con el bullicio. Eso celebra —y lamenta— el artista del expresionismo: la muerte de la "cultura" a manos de las fuerzas vivas de la sociedad; una sociedad que muere por falta de espíritu, de saber, de "cultura". De "El Angel Azul" a "El Cielo Ideal", del profesor Unrat al profesor Kien, de *El profesor Basura a Auto de fe*, de Heinrich Mann a Elías Canetti, de 1905 a 1931, el intelectual "baja" a la taberna —y es como un descenso a los infiernos sin regreso posible— y mezcla su saber con la experiencia de un mundo que se envilece y se miserabiliza. Esa aleación fructifica en obras expresionistas como *Berlín Alexanderplatz*, de Alfred Döblin; como *Las tribulaciones del estudiante Törless*, de Robert Musil; como *Mi corazón*, de Else Lasker-Schuler; como *Confesión*

de un asesino, de Joseph Roth; como *Taberna Wolf*, de Gottfried Benn; como *Opera de tres centavos*, de Bertolt Brecht, o como *Huguenau o el realismo*, de Hermann Broch. La visión de Moreno-Durán es reductora, y en las obras analizadas nos destaca el ambiente microcósmico en medio de las grandes sociedades de fondo; la historia está al fondo. Pero la historia está presente en el universo concentracionario. Es la historia el universo que se concentra; es la historia lo que se esconde en la mirada del escritor que hace uso de ese "pathos de la distancia" que es la ironía y con la cual se mantiene adentro y afuera de la sociedad, pero siempre adentro de la historia, que es el apocalipsis. La incomunicación del hombre "culto" deviene su propia culpa, metido como está en el mundo tabernario; es lo que le sucede al protagonista de *Hotel Savoy*, de Joseph Roth, de quien escribe Moreno: "Sabe guardar las distancias, aunque reconoce con falsa conmisericordia que frente al lenguaje de los pobres, el lenguaje intelectual, el suyo, es sucio y 'deshonesto'".

La ironía no es suficiente, y eso es algo que no parecía tener en cuenta Moreno-Durán, cuya obra narrativa (sin incluir su última novela, *El Caballero de La Invicta*) es un alarde de eufemismo y de humor gratificante y erudito. Fausto parecería no afectarse por la miseria de los campesinos bebedores, pero es porque apenas empieza su aventura mefistofélica y quiere darse muestras de su nuevo poder. Pero las tabernas de este siglo son algo más complicadas que la de Auerbach: ya no sólo concentran la miseria de los miserables, sino que también invocan la miseria de la "cultura", es decir, la imposibilidad de su juventud. Fausto es un adolescente en Auerbach, pero el profesor Basura es lo que su apodo le indica en "El Angel Azul", la taberna que recrea Heinrich Mann en 1905.

OSCAR TORRES DUQUE



De culpas y justificaciones

Las trampas del exilio

Oscar Collazos

Editorial Planeta, Santafé de Bogotá, 1993, 164 págs.

De nada sirve culpabilizarse o justificarse. Esto se lo digo yo al protagonista de la novela *Las trampas del exilio*. Pobre Jacobo Weissmann, tanto sufrimiento para nada, para dejarnos en manos del doctor Soler. "Así que, doctor Soler, haga usted lo suyo" (pág. 164). Así termina la novela. Frenamos en seco después de venir a un ritmo que se acelera en los últimos capítulos donde se desencadena el suspenso, un suspenso logrado.

"El lector se dará cuenta que Collazos se separa radicalmente de las anteriores propuestas narrativas" nos dice la cubierta del libro. Esta es la primera novela que leo del autor y como tal la reseño. Narrada en primera persona a manera de confesión —pero velada confesión—, quizá un lector incauto sólo se entere hacia el final, cuando el pronombre "usted" aparece con alguna frecuencia para darnos cuenta que hay un interlocutor diferente a nosotros, lectores. Comienza con un relato de un personaje torvo que sólo se ocupa de sí mismo; a medida que la culpa o el remordimiento se hacen presentes viene el desahogo o la justifi-

cación de este ser atormentado que se pregunta "¿Se puede conseguir un día un poco de sosiego?".

Al principio no dan ganas de seguir leyendo, él, cuyo nombre desconocemos hasta bien avanzada la novela, está inmóvil detrás de un ventanal observando una pelea violenta en la que dos hombres se pegan duro hasta reventarse mientras un círculo de público goza del espectáculo. El está asqueado, no obstante, observa la disputa que es narrada con detalles. El ambiente descrito es desagradable, él lo ve todo hasta hacerse daño. Luego el autor se recrea describiendo la llegada del personaje a su apartamento donde no tiene otra alternativa que escuchar la pelea de la pareja de vecinos, un hombre y una mujer que riñen a gritos y luego se reconcilian cuerpo a cuerpo con el lenguaje del sexo. El piensa en Susana Jara. Esa Susana, la gran ausente pero el personaje central de la trama. Desesperado señala la imposibilidad de separar su cuerpo de su consciencia, y así entra en un monólogo que lo acompañará durante la narración.

Jacobo Weissmann es un latinoamericano de descendencia judía, dos condiciones que no se sienten en el relato, lo sabemos porque las menciona pero importan poco en la trama de la novela, pudiendo importar mucho. Es también médico psiquiatra, profesor universitario; escribe y dicta conferencias sobre asuntos relacionados con el exilio, la tortura, etc. Un personaje pedante y desagradable, un hombre de piedra al que nada parece conmoverlo o que no logra que su ternura o su pasión salgan en esa confesión, ni cuando narra el episodio de la anciana. Una mujer anciana acude en su ayuda cuando él se siente mal luego de la pelea que observó. Este Jacobo, un ser a quien la culpa o los remordimientos se le instalaron, que no descansa ni dormido ni despierto, que sueña pesadillas que parecen pesadillas reales, nos lleva pues muy lentamente por entre el tejido del suspenso en la ciudad de Barcelona donde calles y lugares se hacen para él referencia fundamental.

Al comienzo nada parece ocurrir más que seguir tras este personaje repelente y sabiondo, y escuchar sus monólogos que nos cuentan de su vida en Cataluña. Nada es importante, el